

REFLEXIONES A PROPÓSITO DE UNA TEMPORADA EN LOS ESTADOS UNIDOS

Carlos Javier Villaseñor Anaya

AUTOR/AUTHOR:

Carlos Javier Villaseñor Anaya

ADSCRIPCIÓN PROFESIONAL/PROFESSIONAL AFFILIATION:

Promotor cultural. Experto UNESCO/ASCI en política cultural y gobernanza

TÍTULO/TITLE:

Reflexiones a propósito de una temporada en los Estados Unidos

Reflections into living for a while at the United States

CORREO-E/E-MAIL:

gaia@prodigy.net.mx

RESUMEN/ABSTRACT:

Reflexiones, muy personales, a propósito de algunas experiencias en los años que viví en Luisiana, en los Estados Unidos de América. Para nosotros los latinoamericanos, los norteamericanos son una nación difícil de comprender. A través de estas reflexiones, apporto una visión directa de lo cotidiano. Ciertamente, como migrante que está adaptándose a una nueva cultura, la actitud que más ayuda es la de optar por ver el lado positivo del asunto.

Very personal reflections about some experiences during the years I lived at Louisiana, in the United States. For us Latino Americans, Americans are a nation difficult to understand. Through these reflections, I provide a direct view of the everyday. Certainly, a view from a migrant who is adapting to a new culture, the attitude that more helps is to choose to see the positive side of it.

PALABRAS CLAVE / KEYWORDS:

Estados Unidos de América; resiliencia; empatía; adaptación.

United States of America; resilience; empathy; adaptation.

«La persona más culta es la que puede ponerse
en el lugar del mayor número de semejantes»

JANE ADAMS

Para los latinoamericanos, la relación con los Estados Unidos de América ha sido conflictiva desde el siglo XVIII. Imán bipolar que unas veces nos atrae por su nivel de vida, las oportunidades que ofrece, la abrumadora perfección de sus producciones culturales y artísticas, el orden que prevalece o la institucionalidad que impera; y otras, nos causa repulsa por su rigidez, su ánimo de expansión, la suficiencia con que lleva a cabo sus acciones, el tamaño de sus vicios, su gusto extremo por las armas o la desatención a sus vecinos.

Utopía largamente añorada por quienes, desde el campo o los barrios marginales, están dispuestos a jugarse la vida en un transporte precario o de la mano de un pollero(1) para alcanzarla, los Estados Unidos son –al final de cuentas– una unión de personas que vive, come, se mueve, hace y deshace, cada día, todos los días.

En realidad los Estados Unidos es una casa de al menos 50 ventanas, donde cada uno de los Estados es un microuniverso, con sus muy específicas particularidades. Por ejemplo, el tono señorial, histórico y flemático de Massachusetts; contrasta con el ambiente de innovación, excentricidad y constante movimiento de California.

A nosotros nos tocó en suerte vivir en Luisiana, a donde migramos legalmente por causas laborales. Debo decir que muchos de los que se consideran a sí mismos originarios de ese Estado pronuncian Looooouuuuissiana, diferenciando y alargando muy claramente las vocales, como una forma de hacer recordar que ese territorio fue nombrado así en honor del rey francés Luis XIV. Ni modo, así somos los americanos, a casi todos nos gusta recordar de tanto en tanto algún referente ancestral europeo, para ganar un poco de posición frente al otro. Así pasa desde Canadá, hasta la Tierra del Fuego.

Con un poco menos de 5 millones de habitantes, ese estado del sureste de los EUA se localiza justo al norte del Golfo de México y colinda con los estados de Arkansas (arriba), Mississippi (este) y Texas (oeste). La gran mayoría de su territorio se conformó a partir de los sedimentos del río Mississippi, por lo que se caracteriza por sus amplios humedales, poblados de una muy diversa flora y fauna, propia de un clima cálido y muy húmedo a lo largo del año.

Una especie característica de la región es el llamado *crawfish*, que es un bicho parecido a una langosta en miniatura, que vive en los orificios que va cavando en los márgenes de las múltiples formas de depósito de agua que hay en la región: lagos, ríos, riachuelos, estanques, arroyos, humedales o pantanos, por decir solamente algunos de ellos.

Más o menos entre mayo y septiembre, ya que comienza a estabilizarse la temperatura en un promedio de 28 grados centígrados; comienza la temporada de *crawfish*, que no es otra cosa que hervir ese también llamado «cangrejo de río» en grandes peroles, sazonado con condimentos muy especiados. Se sirven, para pelar, con papas y trozos de mazorca también hervidos en la misma olla.

La cocina *créole* (criolla) –de la cual es parte este platillo– es el resultado de la suma de las vertientes francesa, española, inglesa, africana y cajún(2), que conviven en diversas épocas en el territorio de la Luisiana.

Aún hoy, aunque el 67% de la población es blanca y el 30% afrodescendiente, existen todavía 18 pueblos ancestrales norteamericanos. Los hispanos (quienes hablan el idioma español) y los latinos (quienes provienen de un país de América Latina), no pintamos en cuanto a número de habitantes, pues alcanzamos solamente el 3% del total de quienes viven en Luisiana.

Sin demérito de la poca presencia hispánica en la región, destaca una entrañable comunidad radicada en el Partido (municipio) de San Bernardo: Los Isleños. Descendientes de migrantes provenientes de las Islas Canarias, conmemoran anualmente sus tradiciones ancestrales, en el Festival Isleño. Hay un pequeño museo, un cementerio y una iglesia que celebran sus orígenes españoles.

En resumen, mi familia y yo dejamos México, y nos fuimos a vivir a un lugar en donde éramos parte de muchas minorías: mexicanos, latinos, hispanos, católicos y una familia con un matrimonio de 20 años.

Muchas, muchísimas ocasiones nos preguntamos para qué habíamos salido de nuestra casa, de nuestra cultura y del confort de contar con el apoyo de una familia ampliada.

Ciertamente las necesidades laborales son parte evidente del proceso de decisión. Pero en cuanto su sentido más trascendente, me parece que son los aprendizajes que debíamos tener lo que hizo que el destino nos llevara a vivir a Alexandria, Luisiana, Estados Unidos de América.

A continuación, comparto algunas reflexiones sobre nuestro vecino del Norte, visto desde uno de sus adentros. No son un pueblo perfecto ininguno lo somos! Pero en poco más de tres años, sí que descubrí algunas cosas que me dejaron grandes lecciones. No hablaré de los lugares comunes negativos, sino de solamente algunas de las decenas de cotidianidades que –al observarlas con ojos de gestor cultural– me permitieron comprenderlos mejor, darme cuenta de por qué nos llevan ventaja en algunas áreas y –sobre todo– adaptarme un poco mejor a la vida cotidiana en un país que no es el mío. Ojalá mi narrativa logre el propósito de ir un poco más allá del prejuicio y del maniqueísmo, para ser un poco más empáticos con la ineludible diversidad de nuestro mundo interconectado e interactivo.

Segunda toma de posesión de Obama como presidente

A muy pocos días de estar en Estados Unidos nos tocó presenciar la segunda toma de posesión de Barak Obama, como Presidente de los Estados Unidos.

Después de meses de campaña, en los que los Estados, los condados y las familias, se confrontan muy acaloradamente desde su papel de partidarios de los demócratas o de los republicanos; llega el día de la toma de posesión del presidente electo y –muy notablemente– la gente se imbuye de un espíritu patriótico y de un sentido de unidad, cuya densidad puede palpase en el ambiente.

La toma de posesión que nos tocó testimoniar se caracterizó por un fuerte acento hispano y las promesas presidenciales en relación con los migrantes.

La ceremonia resultó especialmente emotiva para mí porque estábamos apenas arribando a los Estados Unidos y la sensación de estar llevando a mi familia a un lugar que no era el nuestro, con gente distinta y en el cual hacíamos parte de varias minorías, me había puesto muy sensible.

Mientras escuchaba a Obama hablar de los migrantes, pensaba en la trascendencia que tenía el hecho de que una persona de origen afrodescendiente –con la carga que ello representa dentro de la lucha en favor de los derechos civiles en EUA– estuviera hablando desde la explanada del Capitolio, alentando a reconocer más plenamente los derechos de los migrantes y -de manera muy especial- de los latinos y los hispanos.

Mientras escuchaba, no podía dejar de pensar en Abraham Lincoln y su testaruda lucha por lograr la 13.^a enmienda a la Constitución (1865), que abole definitivamente la esclavitud en los Estados Unidos. A 148 años, la inteligencia y la habilidad política de Lincoln seguían generando repercusiones. Allí estaba el primer presidente afrodescendiente de los EUA, prometiendo ahora equidad para los migrantes latinos e hispanos. El instante generaba una energía de solidaridad que nos enlazaba en un futuro común. Al tiempo.

En cuanto al aspecto formal del ritual de la toma de posesión, llama poderosamente la atención que comience siempre con una invocación espiritual que, en el caso de Obama, fue realizada por primera vez por una persona laica, pues hasta entonces siempre lo hacía un ministro de culto.

También, es muy interesante que el destacado papel que le imprime a la ceremonia la participación de un poeta, que escribe y declama el texto conmemorativo de cada toma de posesión presidencial. En el caso de la que nos tocó vivir, ese papel lo cumplió un poeta de

ascendencia cubana, de declarada preferencia homosexual. Claves, mensajes, intenciones del poder al inicio del siglo XXI, en un mundo diverso.

Un tercer momento especial es el canto del himno nacional, generalmente a cargo de un artista popular y con buena imagen pública, quien procura hacer republicana ostentación de sus habilidades técnicas y de sus talentos interpretativos, como una forma de reafirmar el motivo de su presencia en ese momento cumbre. Recordemos que, conforme a la ética protestante, el éxito material y social son claves que dan cuenta de que el individuo está bien con Dios.

En cada una de las expresiones que he narrado, la gente guarda un solemne y muy respetuoso silencio. Nada de sonrisitas, ni de ligeros codazos y miradas traviesas. No se mira para criticar, se participa para refrendar la unidad.

El ritual de la toma de posesión presidencial, al frente del Capitolio, con el juramento sobre la Biblia y la nieve sobre DC, es un momento en el que se da uno cuenta que la gran mayoría de los norteamericanos sí se toman en serio a sí mismos, guiados por dos frases que –junto con la efigie de Lincoln– circulan profusamente en su moneda de un centavo: *In God we trust* (en Dios confiamos) y *E Pluribus Unum* (de todos uno).

¿Y su número de seguro social joven?

Una de las primeras necesidades con las que uno se enfrenta al llegar como residente a los Estados Unidos de América, es la de obtener el número de registro en el seguro social.

Esa clave de identificación es una especie de nodo central de identidad administrativa para todos los trámites que se tienen que hacer en ese país: atención médica, apertura de cuenta bancaria, obtención de un empleo legal, contratación de seguros médico y de autos (por lo menos), adquisición de cualquier tipo de crédito (desde una tienda de autoservicio, hasta una hipoteca), inscripción en la escuela de los hijos, expedición de la licencia de conducir y un largo etcétera de trámites que son indispensables en la gestión de la cotidianidad.

Siempre que pensamos en nuestros paisanos migrantes ilegales, lo primero que se nos viene a la cabeza es el constante temor a ser identificados por un agente de la oficina de migración «la migra» y ser deportado al país de origen.

Ciertamente es esa una causa real de temor, pues además de las separaciones afectivas o los maltratos de que pueden ser objeto durante el proceso de captura y deportación, con ello se pospone o se pierde para siempre la tan difícilmente alcanzada oportunidad de prosperar.

Sin embargo, el ser migrante ilegal y estar impedido para contar con un número de seguro social es –desde mi punto de vista– uno de los más grandes retos mentales que enfrentan nuestros paisanos.

Nadie duda que el trabajo que realizan nuestros connacionales que residen de manera ilegal en los Estados Unidos es, en muchas ocasiones, una actividad que muy pocos norteamericanos quieren realizar.

Por ejemplo, allá en el Partido (municipio) de Forest Hill, Louisiana, radican varias centenas de migrantes originarios de Guanajuato, que trabajan de sol a sol, en invernaderos de plantas de ornato. Las faenas agrícolas demandan un muy duro esfuerzo físico, que se ve incrementado por las altas temperaturas (30º C) y una humedad relativa siempre por arriba del 65%.

Indudablemente es un trabajo duro, pero que nuestros paisanos lo realizan con muy buen ánimo. Si el problema es tener que trabajar arduamente, eso sí está bajo su control y pueden sacarlo adelante con la suma de esperanza y voluntad. En la agricultura, en los restaurantes, en la jardinería, en la limpieza de casas u oficinas, o en la construcción, nuestros paisanos nunca se echan para atrás cuando de trabajar duro se trata.

Lo que sí puede romperle el alma a cualquiera es necesitar una medicina y no poderla comprar porque no se tiene receta; y no tener receta porque –más allá de la situación migratoria– no se puede ir a ver a un médico sin informar de un número de seguro social; y no poder pagar el altísimo costo de una consulta médica o comprar una medicina, porque no se tiene el seguro de gastos médicos; y no poder pagar con tarjeta, porque no se puede acceder a crédito; y no poder utilizar más que transporte público, porque no se tiene licencia de conducir; y no poder hacer muchas otras tantas cosas así de importantes, porque no se tiene un número de seguro social, que es el detonador de todas esas otras herramientas indispensables para la vida cotidiana en los Estados Unidos.

Sin embargo, es precisamente allí en donde las redes invisibles y ancestrales de solidaridad latinoamericana, han venido jugando un papel invisible que palia esa condición de tremenda vulnerabilidad en la que se encuentran nuestros paisanos. Tres valores aportan los latinos a la sociedad norteamericana: la importancia de la familia (ampliada), la capacidad del trabajo duro y la solidaridad entre paisanos.

La ancianita de la oficina de licencias

Acudí optimista a la Oficina de Vehículos Automotores de Luisiana, para obtener mi licencia de conducir. Tomé mi turno, el 95, cuando apenas estaban atendiendo al número 63. Al mirar a los mostradores, descubrí unas ocho o nueve venerables ancianitas que tras sus com-

putadoras anotaban datos, imprimían formularios o se levantaban –de tanto en tanto– para obtener un par de placas de automóvil, tomar la fotografía de la licencia o sacar algunas copias. Me dispuse para esperar por un par de horas.

Observaba desde mi asiento. Si bien su velocidad no era notable, sí lo era la suficiencia y republicana dignidad con la que cada una desempeñaba su labor.

Al llegar mi turno, me tocó el mostrador siete, con Virginia (¿77 años?). A mi edad (53) resulta en una discreta cortesía el dirigirse a las personas mayores de tu y por su nombre, sin añadir el Doña o algo similar que –más que generar empatía– provoca la conciencia de distinción por generaciones, donde la persona de mayor edad no se siente en ventaja.

En fin, disculpen la digresión. Llego con Virginia y me pregunta qué necesito. Le planteo mi caso: extranjero, visa temporal, sin bienes inmuebles, ni antecedentes de seguro de auto en EUA, tampoco automóvil propio y solamente con licencia vigente de México; desde luego, una combinación poco frecuente en una pequeña ciudad del centro de Luisiana.

¿Terror, sorpresa, angustia o miedo? No, nada de eso. Volteó a su computadora, tecleó algunas frases, leyó y dudó. Se levantó a consultar a la jefa de la oficina, Patricia ¿73 años? Regresaron juntas, miraron a la computadora, señalaron dos párrafos y decidieron que el de abajo era el aplicable a mi caso. Virginia mandó imprimir la información y me la entregó. ¿Algo más en que le pueda servir? Entonces pregunto, todavía un poco sorprendido ¿Oiga Virginia, para el examen de manejo puedo venir con un coche rentado? No, me responde, porque voy junto a usted y si en una emergencia se requiere que yo tome el volante, el seguro del auto rentado no me cubre por los posibles daños. Sin embargo, sí puede ser en el auto de un amigo, que cuente con seguro de cobertura amplia. Y, cuando lo dijo, no se le movió una pestaña: si mientras me hacía el examen de manejo, resultaba que yo no tenía la experiencia o competencia necesarias, ella podía hacerse cargo de la situación. Estaba capacitada y certificada para hacerlo. Podía estar seguro de ello.

Muchísimas veces vemos en la obsesiva costumbre de registrar y sistematizar que tienen los norteamericanos, una causa de fastidio. ¡Que cuadrados! ¡No pueden siquiera abrir una caja de Corn Flakes sin instrucciones! Decimos con enojo.

Después de conocer a Virginia y Patricia, en la oficina de licencias, y de realizar muchísimos trámites –gubernamentales y privados– en Estados Unidos, puedo decir que el contar con procedimientos e instructivos para todo (hasta para modificar el procedimiento o implementar uno nuevo), es también un medio para que las personas de un amplio gradiente de edades, educación y capacidades, tenga acceso a un trabajo, de manera digna y con seguridad.

Las personas saben que si son capaces de implementar el procedimiento correcto, conforme a lo establecido en el manual, tienen asegurada su permanencia en el puesto de trabajo y el

acceso a la seguridad social. Ni siquiera están estrictamente obligados a ser amables o proactivos, sino simplemente están obligados a elegir el procedimiento correspondiente, concluir el proceso de manera eficiente y en tiempo establecido.

Destaco: el procedimiento establece un tiempo de resolución y todo el mundo sabe que ese es el tiempo que tomará, ni antes, ni después. En consecuencia, es prácticamente inútil solicitar privilegios: ni hay cómo adelantar el proceso (el tiempo requerido es el que efectivamente se necesita), ni tampoco solicitar excepciones o interpretaciones holgadas sobre un requisito.

Por sobre todo, no es bien visto pensarse con alguna suerte de mayor derecho que otro ciudadano.

Los instructivos, en este caso, contribuyen a un trato equitativo y respetuoso de las personas, independientemente de su condición social, raza, edad o procedencia.

Y esta utilidad de los procedimientos no sólo aplica para los viejos. Lo mismo sucede con los jóvenes, especialmente los estudiantes, a quienes los manuales y los procesos les dan también la posibilidad de acceder –en jornadas reducidas– a la vida laboral.

Igual sucede con las personas con alguna discapacidad que no les impida realizar un proceso de manera eficiente. Tienen acceso al trabajo y a la seguridad social que lo acompaña.

La existencia de un proceso definido hace posible que una persona pueda contribuir a la ejecución de una parte del mismo, o dos partes o todo, conforme a su disponibilidad de tiempo, su edad, sus facultades físicas o mentales.

A partir de la existencia de un procedimiento, que se implementa tal y como lo he descrito más arriba, uno sabe que si un viejecito 90 años anda manejando en su auto, es porque cumplió puntualmente los requisitos y –en consecuencia– se le reconoce como capaz de circular y andar de aquí para allá. Sí, generalmente dentro de los límites inferiores de velocidad, pero con la dignidad que da el hecho de que cumplió con el procedimiento y –en consecuencia– nadie puede reclamarle nada o burlarse de él. Mofarse del viejito es, en algún sentido, poner en duda la validez del procedimiento o la honestidad de quien lo aplicó; y eso es en los Estados Unidos, una ofensa muy delicada, que debe comprobarse con hechos... o mejor quedarse callado. Eso sí, cada conductor debe cumplir puntualmente con las reglas de tránsito, aunque allí sí que los policías de una población pequeña de Luisiana, son un poco, solo un poco más flexibles con las personas mayores.

Las personas mayores van al supermercado, compran sus medicinas, visitan a sus nietos y son, en esa medida, mucho más independientes que muchos de sus similares en otros países.

Y allí van ellos, viejitos de cabeza blanca o ancianitas pelimoradas, alegremente gozando de su ganado derecho a la movilidad y la posibilidad de seguir disfrutando de la vida, gracias a unas reglas que son parejas para todos.

Y allí voy yo también, extranjero, perteneciente a varias minorías, sin antecedentes comerciales o bancarios, ni referencia personal alguna en los EUA, manejando con mi licencia nueva, sin que nadie me pueda decir nada y abriéndome paso en la exploración de esta cultura diferente, con la que ahora debía interactuar y fluir.

Confiar en el otro

Si uno ha manejado en la Ciudad de México, en Bogotá o en Panamá, sabe perfectamente que la señal del automóvil que indica que uno va a dar vuelta a la izquierda o a la derecha, es un accesorio junto al volante, que raramente se usa. Y cuando sucede, es generalmente la última de una serie de aproximaciones de lámina, gestos y miradas, que se lanzan para notificar al otro conductor que uno dará la vuelta de todos modos y que más vale que nos abran paso o se atenga a las consecuencias. La señal lumínica de dirección es más que una indicación, una última advertencia; y –al mismo tiempo– el asidero legaloide al que nos aferraremos con uñas y dientes para justificar que no hubo culpa en el accidente de tránsito. «Yo puse mi flecha y seguro no la vio» argumentamos frente al agente de la policía, quien mira sin sorpresa el resultado de dos egos queriendo pasar primero, para llegar antes al siguiente tranque.

En Alexandria, Luisiana, casi podría decir que uno puede apostar la vida a que si alguien indica que dará la vuelta a la izquierda, es seguro que dará la vuelta a la izquierda. No se irá a la derecha, no tendrá un caprichoso arrepentimiento y continuará de frente, sino que –al llegar al cruce– dará vuelta a la izquierda. Incluso, si se descubre equivocado, dará la vuelta anunciada y rectificará después. Me consta. Yo también lo hice, porque es la costumbre y así funcionan las cosas.

Pareciera un detalle nimio, pero a mí me abrió los ojos a observar cómo se ejerce allá la confianza cotidiana en el otro. Las personas en los Estados Unidos conviven esencialmente bajo el supuesto de que la gente hace uso de su razón, dice la verdad y hace lo que dice. En consecuencia, la mentira es una de las faltas más graves. Recordemos que el problema más grande que enfrentó el Presidente William Clinton ante la opinión pública –cuando el *affaire* con Mónica Lewinsky– fue la posibilidad de que hubiera mentido y efectivamente hubiera tenido relaciones sexuales con ella. La nación entera estuvo en vilo hasta que se declaró que el intercambio de fluidos que habían sostenido entre ellos, no era *propriamente* una relación sexual. En términos de opinión pública esa declaratoria abrió espacio para el perdón y la reconciliación, pues el Presidente *no había mentado*. Supongo que, en privado, Hilary no fue tan benevolente.

La confiabilidad no es solamente un valor moral, sino una característica práctica que rinde beneficios económicos. Allí es muy frecuente que uno le deje la llave o hasta la puerta abierta al plomero, al jardinero o al encargado de la limpieza del aire acondicionado. Entran a la casa, hacen lo que tienen que hacer y salen. Nunca, en los años que viví en Estados Unidos, supe de algún abuso de ese tipo de confianza. Traicionar esa confianza es condenarse a la no poder hacer su trabajo en las condiciones que lo demanda una sociedad tan ocupada. Nadie tiene tiempo de aguardar la llegada del trabajador para abrirle la puerta. Mucho menos, para esperar a que termine y cerrar la casa con llave. Para que funcione el sistema *se necesita* que la confianza sea real y operativa. *Eso le conviene a todos*. Lo contrario ralentiza los procesos y le añade costos ineficientes, en todos los ámbitos y a todos los niveles.

Otro ejemplo curioso de esta congruencia entre el decir y el hacer son las fiestas. Llama mucho la atención que en las invitaciones se lea que la celebración será de las 16:30 a las 19:15, y que las personas lleguen y se retiren puntualmente. Todos cuentan con ese orden estructurante de su tiempo y, en consecuencia, determinante de su libertad.

En otra faceta del mismo asunto observo que la gente tampoco está acostumbrada a pedir o recibir explicaciones. Si uno dice que no puede ir, hacer o decir algo, la gente asume que esa persona está haciendo uso de su razón, que está actuando de buena fe y que está diciéndolo la verdad; de donde si se está diciendo que no puede, es que efectivamente es así. No hace falta justificar. Hay respeto a la palabra porque, detrás de ello, está el acuerdo de que todos queremos que *las cosas le vayan bien a todos*.

Por el contrario, si se descubre que alguien ha mentido o que hubo una conducta dolosa, la sanción social es inmediata y muy rigurosa. En términos legales, la falsedad de una declaración jurada, puede acarrear fuertes sanciones económicas y largas penas de privación de la libertad. Mentir es muy grave y tiene consecuencias reales, precisamente porque altera las bases operativas del sistema.

La confianza en el otro es un valor profundamente arraigado en la sociedad norteamericana. No es una confianza simplona e ingenua, sino una que se construye a partir del mutuo convencimiento de que a todos nos es útil y pertinente ser confiables.

Una de las expresiones de esa confianza es la calidad de la información. No solo es por lo que sí se sabe, sino también por la tranquilidad de poder decir que no se sabe. Y ello abarca desde la indicación de una dirección, hasta la información científica más elaborada. Paradójicamente las discusiones se hacen más transparentes, porque se sabe que aunque puede haber un error, no hay engaño por parte de la persona. Entonces, se discute sobre los datos y no sobre la integridad del sujeto. Muchas veces me tocó que alguien reconociera que no era un experto en un tema, que no tenía la experiencia o que no sabía qué hacer; y me refiriera, tranquilamente y sin rayones a su ego, con alguien que me pudiera ayudar.

Otra de las formas que adopta esa confianza es la de contar con el otro. Y no solo es saber que llegará o que estará, sino que hará todo lo que se comprometió a hacer. No pocas veces me mandaron un cheque por correo, con una diferencia a mi favor, producto de un cobro erróneo.

También, en más de una ocasión cometí errores que, después de explicar que eran producto de mi falta de conocimiento del entorno, me fueron perdonados o se me ayudó a reparar hasta dónde fuera posible.

Lo mejor de todo es que la confianza no es un privilegio, sino que es un beneficio del que goza toda persona. Es un presupuesto democrático. No se necesita ser general, doctor, licenciado o magistrado para ser confiable, sino solamente ser persona libre y en uso de la razón.

Un día de fiesta del corazón

–Mira mi hijito –me dijo un día la españolísima abuela Lalita, después de visitar a su nieta en Boston– yo tengo muchos años de católica, apostólica y romana; pero lo que es de ese santo, sí que jamás había oído y mucho menos que fuera tan milagroso. Pero lo que es allá en los Estados Unidos, le tienen una fe inmensa. En su día, nadie trabaja y todos los gringos se van a sus casas a festejarlo.

–¿Pues qué santo es ese?, pregunté intrigado a Lalita.

–Un tal San Givin, me contestó convencida a pie juntillas de la veracidad de su testimonio, pues aunque no hablaba inglés, había visto con sus propios ojos la devoción que motivaba en la nación norteamericana.

Para la gran mayoría de los habitantes de Luisiana hay tres prioridades en su vida: el trabajo, la iglesia y la familia. Difícilmente podría decir cuál es primero, pero si tuviera que escoger diría que la iglesia ocupa un papel articulador central.

La gran mayoría de las personas comienza su jornada laboral o escolar muy temprano, sobre las 7 de la mañana. A las 4 o 5 de la tarde llegan a su casa a levantar un poco, reparar algún desperfecto o realizar alguna labor de mantenimiento. Recordemos que no hay quien ayude en las labores domésticas y que la mano de obra es carísima. Los estudiantes ayudan en la casa, hacen sus deberes y preparan sus clases. Dos o tres veces por semana, acuden a la iglesia a orar o a realizar alguna actividad social. A las 6 o 7 cenan y, alrededor de las 9 de la noche, se retiran a sus habitaciones y hasta el día siguiente, que vuelve a comenzar no después de las 6 de la mañana. El sábado es de deportes y el domingo de iglesia.

En mi experiencia, los norteamericanos parecen oscos y antisociales, porque simplemente no tienen tiempo para dedicarlo a la socialización. Incluso, note mucha timidez para recibir visitas en sus casas, y no porque les molestara tratar con gente, sino porque de alguna manera les avergonzaba el desorden en que podían estar sus casas, por falta de tiempo para atenderlas suficientemente. En la gran mayoría de las familias los dos padres trabajan jornadas completas, pues son necesarias para pagar las cuentas y ahorrar lo mínimo indispensable para sufragar las universidades de los hijos.

Todavía recuerdo con pesar el día que uno de los compañeros de mis hijos, en la escuela pública del barrio, nos comentaba con emoción lo mucho que estaba disfrutando estar con nosotros en la mesa, comiendo comida casera y conviviendo con la familia, pues en su casa siempre llegaba a descongelar algo y comer en su cuarto. Que no lo íbamos a creer, afirmó, pero esa era apenas la tercera o cuarta vez –en su vida (16 años)– que se sentaba a comer a la mesa en familia. Los otros tres amigos que nos acompañaban, se sumaron alegres a la confirmación de lo extraño, pero gustoso, que era también para ellos la experiencia de convivir en familia y con más gente en la mesa. No en la televisión, en el cuarto o con los videojuegos, sino en la mesa y hablando con otras personas.

Sin embargo, fui testigo presencial y emocionado de un fenómeno que sí abarca a todos los Estados Unidos. Conforme se acerca el cuarto jueves de noviembre, no es posible encontrar un boleto de avión, tren, autobús o barco, para ningún destino dentro de los Estados Unidos. Nadie hace citas y todo compromiso que pudiera caer dentro de esa semana, es pospuesto hasta la siguiente.

Las casas entran en un detallado proceso de limpieza, reparación y acondicionamiento para recibir a las visitas. Ya sea por ese día o por todo el fin de semana.

Es el tiempo de recibir a los hijos, a los suegros y a los parientes de lejos. De darles la bienvenida y agasajarlos. De olvidar las faltas y de buscar estar contentos. Es el día del año en que muchos abuelos tienen la oportunidad de conocer a sus nietos.

Aunque es tiempo de ofertas en los centros comerciales, no la percibí como una época de grandes compras; sino, más bien, la de quizá un presente con mayor contenido significativo o algún bien utilitario que pueda llevarse el hijo de regreso a la universidad.

Ese cuarto jueves de noviembre, la tranquilidad y un espíritu de fraternidad se van instalando en las calles y en las casas. Salvo muy contadas excepciones, se cierra todo. Quizá los hospitales y algunas farmacias permanecen abiertos. Los servicios gubernamentales de emergencia también operan pero, fuera de eso, todo mundo sabe que es tiempo de reunión, perdón, convivencia y renovación.

No es una fiesta de tal denominación religiosa o de tal grupo social, es una celebración espiritual que implica a todos los habitantes de los Estados Unidos.

La gente va llegando a las casas, ya con un pequeño presente, ya con un platillo, para estar alrededor del pavo del Día de Acción de Gracias⁽³⁾. Todos llegan en familia. En las múltiples versiones de familia que hay en los Estados Unidos, pero con un único espíritu.

Es un día de sobriedad, de consciencia y de afecto. Es un día en el que las armas no se asoman.

Por todo ello, que lo vi y experimenté en los días de Acción de Gracias que me tocó participar en los Estados Unidos, no puedo menos que sumarme a la convicción de Lalita y afirmar con ella en que sí, ese San Givin (aunque no lo conozcamos en América Latina) es el santo más venerado en los Estados Unidos y es muy milagroso, pues es capaz de cohesionar a todo un país diverso, complejo y donde uno –con voluntad positiva– puede alcanzar a descubrir que está lleno de semejantes.

NOTAS

(1) En México se conoce como «pollero» al personaje que facilita el cruce, desde México hacia los Estados Unidos, de los migrantes ilegales (pollos).

(2) También existe una cocina Cajún, derivada de una comunidad ancestral originalmente proveniente de la región francesa de Canadá.

(3) Es el *Thanks Giving Day*, que es una ancestral celebración por el fin de las cosechas. En Estados Unidos aunque con antecedentes desde 1621, se conmemoró oficialmente por primera vez, a nivel nacional, por mandato de George Washington, en 1789. Por su desconocimiento del inglés y con base en su contexto cultural, Lalita lo transformó en San Givin y le construyó una narrativa.